

LOS TRATADOS COMERCIALES Y EL NEOMERCANTILISMO: LAS RELACIONES DE ESTADOS UNIDOS CON CHINA Y MÉXICO

Wesley C. Marshall

Introducción

En los últimos treinta años se observa una clara tendencia hacia la apertura comercial y financiera. En casi todo el mundo se han eliminado los controles nacionales sobre los flujos de capital, al mismo tiempo que se han reducido los aranceles e impuestos sobre las importaciones. A la vez, las grandes empresas privadas transnacionales han desplazado al Estado nacional como el actor económico más importante. En conjunto, el resultado ha sido un reordenamiento de la arquitectura del sistema financiero global, regresando a su estructura básica previa a la Gran Depresión de los años treinta del siglo pasado, solamente que en lugar de un imperio comercial británico, ahora tenemos un imperio financiero estadounidense. En ambos casos, los países de la periferia mandan materias primas hacia el centro, y éste las devuelve en la forma de productos terminados; la producción de los países periféricos se financia desde el centro, y es allí en donde las ganancias se acumulan. Hoy día el crecimiento, liderado por las exportaciones y alineado con el “doble circuito monetario depredador” (Parguez, 2010), permite una transferencia constante de recursos desde la periferia hacia el centro, desde lo público a lo privado y desde abajo hacia arriba en la escala social.

Sin embargo, en los últimos años, particularmente desde 2018, el proceso parece tomar una dirección contraria, con Estados Unidos adoptando medidas proteccionistas en contra de sus dos mayores socios comerciales: México y China. En la primera parte de este capítulo se examina el contexto histórico de estos acontecimientos recientes para, posteriormente, exponer y analizar los hechos actuales. Se argumenta que desde el colapso de Wall Street en 2007-2009 el mundo navega en aguas bastante turbias y desconocidas, tanto que la historia no nos ofrece una situación parecida; no obstante, sin duda aún existe una lógica detrás de los acontecimientos. Una vez identificada y comprendida esta última, se concluye que las relaciones

entre Estados Unidos y México seguirán su trayectoria y no habrá mayor ruptura. En sentido opuesto, se argumenta que la relación con China promete cambios significativos.

La globalización financiarizada

Kari Polanyi Levitt plantea que “la década de 1990 fue testigo de un intento de acelerar las políticas iniciadas a principios de la década de 1980, diseñadas para recrear la ‘edad de oro’ de 1870-1914, promovidas y vendidas como ‘globalización’” (Polanyi Levitt, 2018). Desde una perspectiva polanyiana, se puede entender la globalización financiera como la consecución de la “utopía reaccionaria de Wall Street” (Polanyi, 1945), que consiste en tener las finanzas de todas las naciones controladas por un pequeño grupo de banqueros internacionales.

Como describe Karl Polanyi en *La gran transformación*, solamente las altas finanzas tuvieron el poder de establecer sus reglas del mercado a lo largo y ancho del mundo, al mismo tiempo que lograron mantener la paz en Europa: “Para obtener una explicación de esta asombrosa hazaña debemos buscar un poderoso instrumento social no revelado que funcione en el nuevo entorno, que podría desempeñar el papel de dinastías y episcopatu-ras bajo el antiguo régimen [liberal]. [...] Este factor anónimo, según afirmamos, era la *haute finance*” (Polanyi, 1944: 3). Este autor plantea que la relativa paz europea durante el largo siglo XIX

descansó sobre cuatro instituciones. La primera fue el sistema de equilibrio de poder, que durante un siglo impidió que ocurriera una guerra larga y devastadora entre las grandes potencias. La segunda fue el patrón oro internacional, que simbolizó una organización única de la economía mundial. La tercera fue el mercado autorregulado, que produjo un bienestar material inaudito. La cuarta era el Estado liberal. Clasificadas de una manera, dos de estas instituciones eran económicas y dos políticas. Clasificadas de otra forma, dos de ellas eran nacionales y dos internacionales. Entre ellas se determinaron los rasgos característicos de la historia de nuestra civilización (Polanyi, 1944: 3).

Para derrumbar el Estado de bienestar en sus múltiples formas y en los diversos países en que se había consolidado, y remplazarlo con el mucho

menos variado Estado neoliberal, las altas finanzas emplearon la doctrina del *shock* como estrategia (Klein, 2007), con las crisis económicas a su servicio como su táctica principal para abrir el viejo sistema a la entrada e instalación de personas, instituciones y empresas fieles, o por lo menos útiles, al proyecto neoliberal. Primero lo hicieron en América Latina, luego en el antiguo bloque soviético y, finalmente, en el este de Asia.

La guerra financiera tiende, ofuscada por la atribución de la culpa de todos los problemas, reales o inventados, de los países afectados, a desembocar en trampas de deuda, y posteriormente, incluso, a intervenir en la autonomía de los bancos centrales, a minar los superávits públicos, a promover los tratados de libre comercio y, en general, a impulsar la apertura financiera y comercial. Kari Polanyi Levitt y Mario Seccareccia (2016) afirman que “el objetivo del movimiento neoliberal era capturar el Estado e imponer un nuevo orden”.

A partir del 1971, la “organización única de la economía mundial” ya no estaría basada en el “estándar oro” del siglo XIX, sino en el “estándar dólar” (Mundell, 1999), en plena expansión y consolidación hasta la irrupción de la crisis de 2007-2009. Para administrar este “nuevo orden” y al “Estado liberal”, ahora “neoliberal”, se establecieron a nivel nacional varias universidades dedicadas a enseñar el neoliberalismo, normalmente con una o dos de entre las principales formando a una parte significativa del funcionariado de las instituciones de política monetaria más influyentes, como el Banco Central y la Tesorería.

A nivel internacional, un grupo selecto de universidades de elite del centro de Estados Unidos igualmente provee la mayoría de los cuadros directivos de las principales instituciones financieras, con la finalidad de controlar también a un paralelo Estado internacional, cada vez más empoderado, que incluye organizaciones como el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM), la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), el Grupo de los Treinta (G30), el Club Bilderberg, el Banco de Pagos Internacionales (BPI), los bancos de desarrollo regional (como el Banco Interamericano de Desarrollo [BID], por ejemplo), etcétera. A todo ello debe agregarse el enorme aparato burocrático-administrativo relacionado con la Unión Europea en Bruselas; todos estos organismos pueden ser descritos como el “Estado en la sombra”, que al igual que la “banca sombra”, está controlado por las altas finanzas.

Una diferencia interesante entre el orden neoliberal global previo a la crisis y el que surgió después de la misma es la apertura de la información de los grupos detrás del movimiento neoliberal. Antes de 2008, muchos de éstos operaban en relativa secrecía. Por ejemplo, el Club Bilderberg y la Comisión Trilateral, ambos creados por David Rockefeller, fueron temas de algunas teorías oscuras del poder, como la Kremlinología de antaño, pero aplicadas a los altos círculos de poder en Estados Unidos. Hoy día, esos grupos manejan sus sitios de internet con amplia (aunque no completa) información. Antes de la crisis, la frase “nuevo orden mundial”, en ocasiones pronunciada en público por personajes influyentes como Henry Kissinger y Zbigniew Brzezinski, y mencionada en un discurso del expresidente Bush Sr., el 11 de septiembre de 1991, fue igualmente un tema de gran controversia en la red. Después de la crisis, y particularmente en los años recientes, periódicos como el *Financial Times* debaten abiertamente acerca de las amenazas al orden mundial, o al orden liberal global. Incluso uno de los principales arquitectos del nuevo orden mundial, Henry Kissinger, publicó en 2015 su libro *El orden mundial* (Kissinger, 2016).

Ahora bien, más importantes todavía son algunos de los nuevos estudios, más académicos, aparecidos en los noventa del siglo pasado, como lo es sin duda el gran libro *The House of Morgan*, de Ron Chernow (1990), o *House of Rothschild*, de Niall Ferguson (1999). Desde entonces ha habido un gran número de libros muy informativos sobre el importante papel, hasta ese momento sólo sospechado o deducido, pero nunca confirmado, de las altas finanzas en el curso de la historia, un punto que ambos autores enfatizan. La gran cantidad de nueva información histórica sobre las altas finanzas no solamente incluye muchas obras recientes sobre otras icónicas casas bancarias, y también acerca de sus operadores políticos, sino que se trata de trabajos igualmente esenciales para entender la génesis del neoliberalismo como proyecto político (Mirowski y Plehwe, 2009; Burgin, 2012).

El proyecto internacional neoliberal, concebido para crear y mantener este orden mundial, fue impecablemente descrito por Kari Polanyi Levitt (2018: 177): “La eliminación de la soberanía nacional sobre la asignación de los recursos nacionales, incluido el control y la regulación del capital, define a la globalización como un proyecto cuyo objetivo es la subordinación de los pueblos y las naciones a la acumulación de capital a escala global”.

El Estado neoliberal

Kari Polanyi Levitt (2018) afirma que la instrumentación de la “globalización” para describir la internacionalización de la producción bajo el control de las empresas transnacionales es un brillante ejemplo de la importancia del lenguaje en la comercialización del proyecto neoliberal.

Quizá la consecuencia más importante del lenguaje de la globalización sea que cuando el término se usa para remplazar al de “aceleración del comercio internacional y de la inversión”, la nación y sus fronteras desaparecen del horizonte. En el lenguaje, sostiene la autora, además de en la realidad, la economía ha eliminado la jurisdicción política de la nación-Estado.

Karl Polanyi reduce las funciones económicas básicas del Estado liberal al “libre comercio más divisas fijas” (Polanyi, 1944: 226). Hoy se trata de ese mismo Estado liberal, ahora neoliberal, compuesto por el conjunto de la burocracia nacional y la elite internacional en el “Estado sombra”, que mantiene el estándar dólar y también el libre comercio. Particularmente, a partir de los noventa del siglo pasado la cantidad de acuerdos comerciales o de libre comercio se ha incrementado estrepitosamente. Como lo destacan los economistas de la línea de Polanyi, el *laissez faire* siempre está planificado.

Visto de cerca, cualquier engaño lingüístico de un acuerdo de libre comercio, como el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), resulta poco convincente. Un contrato de libre comercio podría escribirse en menos de una hoja. Las miles de páginas del TLCAN solamente pueden señalar un comercio administrado. Hoy día, las grandes empresas multinacionales controlan casi el 80 por ciento de la producción internacional y un tercio del comercio internacional es intrafirma, una participación que es mucho más importante en algunos países desarrollados (Serfati y Suaviat, 2019).

Organizados y planificados desde las altas finanzas e instrumentados desde los organismos mencionados del Estado internacional a la sombra, los tratados de libre comercio establecen los lineamientos del aprovisionamiento social global bajo la conducción de Wall Street. Con la expansión de la banca global, el mercado privado se encarga de la proveeduría social del dinero, imponiendo una austeridad del mercado que va más allá de la austeridad pública demandada por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y otros actores parecidos. Dentro del orden neoliberal, el suministro social de

bienes y servicios es la tarea de muy pocas empresas, todas bajo el paraguas de Wall Street, que surten gran parte de las necesidades y deseos del consumo.

Un producto clave dentro del abastecimiento social de Wall Street es el automóvil. En la cosmovisión materialista del neoliberalismo, donde el valor de la persona se mide por su riqueza y posesiones, no hay propiedad más efectiva para señalar la clase social y el poder que se detenta que el automóvil. En su afán de promover lo individual por encima de lo colectivo, el remplazo del tren por el coche ha estado muy presente en muchos sitios, siendo México y Estados Unidos casos de una claridad particular. Se ha documentado con precisión, por ejemplo, cómo en la ciudad de Los Ángeles los muy funcionales y populares tranvías fueron eliminados por las empresas automotrices (Marshall, 2016).

En México, la red ferroviaria de pasajeros fue desmantelada por causa de las reformas neoliberales de la administración de Ernesto Zedillo; en Estados Unidos, el viaje más rápido en tren entre Nueva York y Boston nos remonta todavía a los años veinte de hace un siglo (Vanderbilt, 2009). Basta observar una imagen del tráfico en Los Ángeles o Ciudad de México para darse cuenta de la terrible ineficiencia del transporte individual. Hileras enormes de coches que transportan nada más a una persona, todos dirigiéndose más o menos al mismo lugar, pero a una velocidad mínima... y a una contaminación máxima. Además del tiempo perdido para los individuos, el desperdicio energético es tremendo cuando se lo compara con el transporte colectivo. Aun así, este modelo cumple con los objetivos del control social: todos están en su propio espacio, aislados de los demás y frustrados.

Otra clave para el mantenimiento del orden social es el negocio del entretenimiento y la comunicación. No es sorpresa que después de los automóviles, las televisiones y los aparatos electrónicos sean la segunda fuente de exportaciones de México a Estados Unidos. Como ya se ha analizado (Mirowski, 2013), el arte oscuro de idiotizar a los pueblos —la práctica de la agnotología— puede encontrarse en el centro del control social neoliberal. El control de la información siempre ha sido importante: la prensa, y luego la radio y la televisión, y ahora las redes sociales, han servido como los brazos ideológico y propagandístico de la economía, ya sea que los utilicen los mismos actores económicos o quienes opinan sobre ellos. Al igual que el uso del automóvil fomenta el individualismo, las redes sociales son la manifestación patente de otro elemento del neoliberalismo: el engaño.

Al igual que las redes sociales ofrecen una realidad alternativa, cercana pero no igual al mundo como realmente es, el neoliberalismo siempre confunde la economía normativa con la positiva, y la fantasía con la realidad. Por ejemplo, no todos los seres humanos son sociópatas, como la teoría neoliberal los considera bajo la forma del “actor racional”. Las redes sociales han evolucionado para convertirse en el instrumento máximo de control social, otra vez dejando a los individuos aislados y frustrados.

Hasta el momento de la última crisis, el nuevo orden parecía consolidarse sin muchos límites, por lo menos externos. La riqueza se repartía más o menos como se había contemplado, al igual que el orden social en general se administraba según lo planeado, y todo se mantenía bien oculto. La narrativa que equiparaba la libertad política de la democracia con la libertad económica del capitalismo de libre mercado fue suficiente para que las mayorías pudiesen entender el colapso del gran contrapeso internacional —el socialismo en sus muchas formas— y los beneficios del capitalismo. De igual forma, muchos aceptaban los cambios en los mercados y en la globalización económica como los elementos distintivos del progreso, aun cuando surgieran sus inevitables y muchas veces terribles secuelas.

Hasta el advenimiento de la crisis de 2007-2009, la línea cada vez más borrosa entre lo público y lo privado todavía podía considerarse con toda sinceridad como un “fraude inocente” (Galbraith, 2004). El hecho de que las cuentas nacionales del comercio internacional fueron construidas sobre supuestos falsos no parecía importar mucho. De forma similar, relativamente fueron pocos quienes criticaron una ciencia social que a todas luces fue una farsa, pero que en todo caso fue tomando fuerza real como la “ciencia imperial”. Las aparentemente pequeñas imperfecciones del sistema y sus soportes sociales podían aceptarse siempre y cuando funcionara y creara riqueza, aunque ésta fuera mal distribuida.

Por otra parte, el rescate de las empresas emproblemadas desnudó el poder político de la banca y reveló que el neoliberalismo teórico, basado en la suposición de la escasez del dinero, no era otra cosa sino una pseudociencia. Además, la crisis y su fallido rescate convirtieron en “zombi” al sistema financiero global, liderado por Wall Street.

Si bien todos los elementos constitutivos del orden global neoliberal seguían la misma trayectoria, las fechas importantes son diferentes cuando analizamos su crecimiento internacional. Por ejemplo, la expansión del

mercado mediante la “doctrina del shock” tuvo dos experiencias bien distintas en Rusia y China. El primer país fue saqueado por los neoliberales, hasta que la llegada de Putin y la devaluación de 1998 mostraron su separación de los intereses de Wall Street ya desde entonces. En esos años finales del siglo pasado se apuntalaron los límites geográficos de la expansión de la globalización financiera. Mientras tanto, los anteriores “tigres asiáticos” terminaron por caer en trampas de deuda y bajo el yugo del orden mundial neoliberal.

Así, hacia finales del siglo China fue quizás el único país sobreviviente del ataque financiero que acechaba a sus vecinos, pero esta enorme nación no solamente resistía la agresión extranjera y mantenía sus puertas cerradas a las finanzas internacionales, sino que a partir de los dos mil empezaba ya a aumentar las suyas propias de forma importante, transformándose en el cuarto poder monetario no invitado al reparto del botín. Un objetivo explícito de la Comisión Trilateral, y lo que incluso le dio su nombre, fue la repartición del mundo en tres polos monetarios, con Estados Unidos, Alemania (representante de la zona euro) y Japón como los únicos poderes capaces de crear crédito, mientras que los demás Estados del mundo sufrían por el “pecado original” de no poder hacerlo. Este pecado original significaba que cada país satélite tendría que depender de una “metrópoli” en lo relacionado con sus finanzas. Seguramente, el mayor pecado consistía en desobedecer a quien se convertía en Dios en la metáfora, y pretender con ello utilizar la soberanía monetaria.

El aspecto militar

Hasta ahora, se ha discutido sobre algunos elementos de las finanzas en el orden global neoliberal, pero sin mencionar el papel del sector militar en dicho orden. Como destaca Polanyi, “la *pax* británica a veces se mantenía por la mira del cañón del gran navío, pero más frecuentemente prevalecía por el oportuno jalón de un hilo en la red financiera internacional” (Polanyi, 1944: 14).

En Estados Unidos, el llamado “complejo industrial militar” es un término popularmente muy conocido debido a las advertencias de Eisenhower al terminar su presidencia; poco antes de dejar el poder, dicho

mandatario había prevenido sobre las consecuencias de despilfarrar los excedentes económicos en armamentos en su discurso “La cruz de hierro”. El complejo industrial militar siempre ha involucrado a las finanzas, como sugiere Polanyi en la cita anterior. En los documentos desclasificados sobre el terrorismo estatal en América Latina en los años setenta del pasado siglo —durante el primer gran empuje internacional del credo neoliberal— figuran los nombres de David Rockefeller y de su banco, el Chase Manhattan. También se puede observar cómo el Banco Interamericano de Desarrollo y el Banco Mundial eran utilizados como arma financiera (National Security Archive, 1998). En ese momento, ya se conocía de la cercana relación de Milton Friedman y Henry Kissinger con David Rockefeller y con Augusto Pinochet.

Así, la expansión del proyecto económico del neoliberalismo descansaba también en lo académico y en lo militar, además de en lo comercial y financiero. Una vez alcanzado el crecimiento internacional de las últimas tres fuerzas, se volcaron sobre los mismos países del centro en la forma de la crisis *subprime* en Estados Unidos y la crisis del euro en Europa. Fue el momento en que este sistema parásito llegó al corazón de su huésped y el mercado se autodestruyó. En el proceso, el proyecto neoliberal sufrió otra gran pérdida: la profesión académica, cuyos miembros, en su inmensa mayoría, habían brindado su apoyo al neoliberalismo. Después de la crisis, que fue prevista en la prensa pero no por la academia, la profesión económica también quedó en ridículo por su terrible desempeño y su ceguera ante la realidad, pero aún más por su colusión con Wall Street, como fue expuesto en *Inside Job* (Ferguson, 2010).

Así, mientras que la crisis financiera de 2007-2009 no fue en sí misma un acontecimiento significativo para las relaciones internacionales en el orden mundial neoliberal, sí influyó determinadamente en la destrucción del mercado en esos años, lo cual también tendría un enorme impacto en el futuro del desarrollo económico mundial.

Asimismo, otro trascendente cambio en el mercado estadounidense, que incluso antecedió por varios años a la crisis económica, tuvo lugar a inicios del nuevo milenio, cuando un conjunto de factores legitimó la hipótesis de que, frente a la imposibilidad de expandirse, ya desde entonces se sabía que Wall Street iba a verse obligado a fabricar una burbuja financiera en su propio mercado interno: ante la segura caída de Roma (Wall Street)

se preparaba ya el auge de la nueva Constantinopla (Silicon Valley). En 2002, Paul Krugman planteaba que para combatir esta recesión, la Reserva Federal de Estados Unidos (mejor conocida como la Fed), necesita, más que un rebote, un incremento en el gasto de las familias para compensar la inversión privada en picada. Y para hacer eso, como lo expresó Paul McCullley, de Pimco, Alan Greenspan tuvo entonces que crear una burbuja de la vivienda para remplazar a la burbuja del Nasdaq (Krugman, 2002).

Poco tiempo después, Ben Bernanke, quien trabajaba ya para la Fed, pero todavía no llegaba a ser su presidente, pronunció dos discursos en octubre y noviembre del mismo año con los títulos de “‘Burbujas’ en los precios de los activos y la política monetaria”, y “Deflación: asegurando que ‘eso’ no pase aquí”, respectivamente. En medio de los dos, dijo unas palabras para festejar el cumpleaños noventa de Milton Friedman, charla en la que Bernanke termina refiriéndose a la Fed durante la Gran Depresión: “Lo hicimos, pero gracias a ti no lo volveremos a hacer”.

Los aciertos de y las coincidencias entre Krugman y Bernanke son muy sospechosos. Después de predecir (siempre por negación) que iba a ocurrir una burbuja inmobiliaria, la cual causaría una crisis de deflación de los precios de los activos, y que la Fed ahora sí rescataría a Wall Street, los dos negarían la posibilidad de una crisis incluso cuando ésta comenzaba a presentarse con el inicio de la caída de los precios inmobiliarios a finales de 2006. Una señal aún más clara de que sabían que venía la crisis fue la sustitución, en 2005, de Greenspan, “el mago de burbujilandia” (Liu, 2005), por Bernanke, un especialista en la Gran Depresión. Da fuertemente la impresión de que sabían lo que venía.

Si el grupo de las altas finanzas sabía que su última burbuja iba a estallar en Estados Unidos, y que la banca pronto sería políticamente impresentable y económicamente inútil, justo por eso era el momento preciso para un cambio preventivo de la sede de poder. Dos circunstancias apoyan esta parte de la hipótesis. La primera es el fallo judicial en contra de Microsoft en 2001, que daría apertura a la llegada de muchos nuevos servicios digitales, como Facebook, Apple, Netflix, Google, etcétera. La segunda es la amplia evidencia de que varias de estas empresas no son una creatura del mercado, sino del Estado militar, que imita las prácticas del mercado. Como lo reporta Levine (2018), hasta se establecieron fondos de inversión para incubar algunas de estas empresas, con la idea de que años después pudieran

servir como los vehículos principales de los programas militares de espionaje masivo en contra de la ciudadanía, todo ello hecho posible gracias a la legislación establecida en las secuelas del II de septiembre de 2001.

El proyecto neoliberal occidental poscrisis

A diez años de la crisis emergían con bastante claridad dos proyectos globales en competencia. El primero es el representado por la ya descrita globalización financiera, liderado por la banca nortatlántica. A éste se lo puede categorizar como un programa zombi, en el sentido de que el mercado global desregulado, eje central de su poder, ya está roto irremediablemente. Para garantizar su sobrevivencia, el sistema todavía necesita insumos, pero produce cada vez menos. De esta forma, este proceso se reduce a la extracción de recursos para poder continuar con la misma dinámica extractiva. Sin un mercado que pueda generar riqueza para beneficio de un grupo selecto, el neoliberalismo después de la crisis es un sistema casi exclusivamente parasitario a nivel global. Ello es el resultado del colapso de un régimen económico sin un correspondiente colapso político. Los arquitectos de tal sistema se preocuparon casi exclusivamente de mantener su poder político, y sus mecanismos para lograrlo fueron cada vez más de índole militar y más antipopulares.

Por otro lado, el segundo proyecto en competencia es el sistema chino, el cual ya puede ofrecer riqueza productiva a través de actividades de un mercado en expansión. El ejemplo más notorio de este crecimiento mercantil es la iniciativa *belt and road*, también conocida como “las nuevas rutas de la seda”. Algunos de sus logros importantes en los años recientes incluyen la primera entrega por carga de tren de Shanghái a Londres, en 2017; el inicio de operaciones del puerto de El Pireo en Grecia, en 2016, con capital y administración por parte de China; y el acuerdo contractual para operar el puerto de Trieste en Italia, en 2019. Comparado con esta capacidad productiva y logística, el proyecto occidental no ha ofrecido nada significativo en esa área geográfica. Si como es sabido, Estados Unidos no ha estado invirtiendo lo suficiente para mantener su propia infraestructura nacional, mucho sería pedirle que lo hiciera más allá de sus fronteras.

Por décadas, el declive del proyecto occidental y el auge del oriental iban de la mano. China felizmente participó en la transferencia de la producción

de mercancías de Estados Unidos a su territorio. La eventual pérdida de control debida a la negociación política con los trabajadores y los sindicatos y otras agrupaciones laborales ya no tenía que ser tolerada por los capitalistas; ahora sencillamente podrían trasladar su producción a China o a México ante cualquier situación difícil. Como afirma Polanyi Levitt (2018): “...enfrentamos una suerte de Apartheid global. El trabajo se confina dentro de las fronteras nacionales, pero el capital se puede mover”.

Si bien ambos países, y varios otros, recibían a las empresas productivas de Wall Street, la gran diferencia entre la apertura china y muchas otras experiencias internacionales en la época neoliberal, incluyendo la latinoamericana, es que el gigante asiático nunca abrió su sector financiero. En el fondo de esta resolución yace otra gran divergencia con los países latinoamericanos: el mantenimiento de un Estado fuerte y con él la capacidad de tomar sus propias decisiones soberanas. Mientras que la mayoría de los Estados latinoamericanos fueron conquistados por intereses extranjeros, mediante el poder militar bajo la gestión estadounidense y el financiero con la supervisión del Fondo Monetario Internacional, China pudo mantener su soberanía en ambas dimensiones.

Es innegable que han existido tensiones militares entre China y Estados Unidos en las últimas décadas, pero también es cierto que sólo a partir de 2018 es cuando realmente se puede hablar de un choque significativo entre los proyectos occidental y oriental en materia de comercio. Desde la perspectiva actual, parece muy probable que se desarrolle una guerra comercial, aunque también existe la posibilidad de una guerra real, es decir, militar.

En este último ámbito, existe una discrepancia adicional interesante entre los dos proyectos: mientras que Estados Unidos ha fungido simultáneamente como la principal potencia militar y de mercado para impulsar y defender el proyecto occidental, el programa oriental tiene a su “buena policía” y a su “mala policía”. En su expansión, China puede considerarse como la buena policía, al ofrecer inversión productiva sin aparentemente tender trampas de deuda que siguen lógicas de control sociopolítico más que de mercado. Así, la potencia asiática puede ofrecer lo que Estados Unidos no ha conseguido: convertirse en un hegemon interesado en el crecimiento de las actividades productivas y dispuesto a prestar tecnología y proporcionar finanzas sanas para tales fines sin interferencia política. En este sentido, a pesar de que Estados Unidos ha promovido y apoyado innumerables golpes

de Estado para mantener su control militar en la región de América Latina, China se ha abstenido de seguir el mismo curso de acción. Hasta ahora, parece que se ha dado cierta repartición de labores en el proyecto oriental: al tiempo que China expande su poder económico de forma “suave”, Rusia protege el equilibrio militar de una manera más “dura”.

Sin embargo, las acciones rusas también han sido defensivas. Las fuerzas militares occidentales no han podido superar su propia inhabilidad y en muchos casos han recibido una respuesta de Rusia. Incapaces de transformar a las naciones de Asia central, anteriormente en la órbita soviética, en satélites occidentales, la época de las “revoluciones de color” (Georgia, Ucrania, Kyrgystán, etc.) parece ya haber finalizado. Dado el conflicto en Ucrania se pensaría hoy que la zona está bastante firme en la esfera de influencia rusa. Bajo su control militar, Rusia ya puede obstaculizar, si así lo decidiera, la ruta de la seda, concebida para ser transitada por trenes chinos de alta velocidad con destino en Europa.

Así, en términos militares y comerciales, la confrontación geográfica entre los dos proyectos planetarios encuentra otra vez su campo de batalla en Europa. Además de mencionar la guerra fría, también hay que recordar otro antecedente más reciente: las confrontaciones sobre el abasto de gas natural en 2005, 2006 y 2009, como parte del conflicto Ucrania-Rusia, que comenzó con la “Revolución naranja” de 2004. Europa es aún muy dependiente de los hidrocarburos rusos, y ahora incluso se están acercando los *belt and roads* chinos.

Este acercamiento geográfico con Oriente se presenta como una invasión por la mayoría de los medios de la prensa asociada con el proyecto neoliberal. No obstante, este último ha ofrecido sólo destrucción para Europa. Desde la cabeza occidental del continente, Inglaterra, hasta la cola oriental, Grecia, el neoliberalismo europeo ha causado desastres políticos; en el primer caso, por ejemplo, a través de los acuerdos comerciales, y en el segundo por medio de la instauración de una política de divisa fija.

Una manifestación clara de la destrucción económica que propicia el proyecto neoliberal es una suerte de eutanasia de la actividad rentista, no impuesta por el Estado, como la sugería Maynard Keynes, sino por la auto-destrucción del mercado, la cual se presenta en la forma de ausencia de inversiones rentables. Los mercados de deuda ya no ofrecen rendimiento, y la economía productiva está estancada y con pocas posibilidades de expansión

bajo el dominio neoliberal. En este escenario poscrisis, los *belt and roads* ofrecen un nuevo continente con el cual comerciar y, por lo tanto, una oportunidad para la inmensa acumulación de capitales carentes de un buen lugar para invertir. Muchos de los más importantes actores del mercado reconocen esta posibilidad. Otra consecuencia del auge financiero chino consiste en el reconocimiento de que sus finanzas gestionadas en el ámbito gubernamental también han aparecido como una opción para la cooperación interestatal frente al proyecto neoliberal.

China y la guerra financiera

La austeridad como política pública ha sido impuesta por décadas a los países satélite de Estados Unidos en América Latina, y más recientemente también a las naciones en el centro geográfico del proyecto. La naturaleza destructiva de la austeridad pública se demuestra por la forma de su aplicación, casi siempre en las estelas de las crisis financieras; la perversidad del proyecto se reconoce por el hecho de que los mismos bancos que causan las crisis exigen el sacrificio de los afectados para poder seguir golpeándolos.

Con la ya no tan reciente incursión financiera de China en el ámbito internacional, se abrió un espacio alternativo para el financiamiento de países que se han vuelto dependientes de otros en relación con sus finanzas nacionales. Por ejemplo, en Argentina, durante la primera poscrisis neoliberal, y frente al embate financiero del neoliberalismo revanchista, el uso de líneas de *swaps* entre su banco central y su correspondiente chino sirvió al primero para esquivar la restricción externa de dólares que ha acechado al país de forma histórica (Vanoli, 2015).

Ahora bien, la restricción externa para un país conlleva simultáneamente el ejercicio del control de un Estado satélite por parte de otro. Con este hecho histórico, Argentina pudo aminorar un problema nacional, y al mismo tiempo trastocó los intereses financieros estadounidenses. Para protegerse de estos últimos, se llegó incluso a extremos jurídicos y políticos, y el país atestiguó cómo se llevó a cabo lo que esencialmente puede catalogarse como un golpe de Estado financiero, personalizado en la figura de Paul Singer. Las autoridades argentinas que se atrevieron a desobedecer el proyecto neoliberal, al igual que algunos de sus pares latinoamericanos,

acabaron por ser acusados formalmente por algún tipo de traición a la patria o por corrupción.

Si es cierto que los intentos fallidos de escapar de las restricciones externas han sido una experiencia relativamente común en la época neoliberal para muchos Estados latinoamericanos, también lo es que en Europa se trata de una práctica mucho más reciente y novedosa, que inició apenas en 2010 como resultado directo de la crisis bancaria estadounidense de 2007-2009. Lo real es que la periferia de Europa empezaba a replicar las crisis de deuda latinoamericanas de 1982. En ambos casos, los bancos que hicieron las malas apuestas fueron rescatados por sus respectivos Estados nacionales, y los países deudores fueron sometidos a las más estrictas reglas del mercado, por lo menos en el discurso oficial. Tanto las reglas del juego del mercado como la lógica macroeconómica fueron distorsionadas a tal grado que la única máxima que podría dar sentido a las graves inconsistencias de una política como la descrita era: “Para mis amigos todo, para los demás la ley”. Como lo relata el exministro de Finanzas de Grecia, Yanis Varoufakis, en el momento en que los gobiernos chino y griego negociaban la concesión a China para la operación del puerto del Pireo, el primero ofrecía inversión financiera, la cual urgía al segundo, ya que cargaba con una deuda creada de forma fraudulenta por funcionarios corruptos del pasado y que se había vuelto impagable. Sin embargo, los pagos fueron vetados por el gobierno alemán, según la narrativa del político griego (Varoufakis, 2017). China nunca hizo un escándalo público y Varoufakis fue formalmente acusado de traición a la patria.

Tecnología y espionaje

Brasil es otro caso en que un acercamiento financiero de un gobierno de izquierda con China resultó en su derrocamiento, con procedimientos jurídico-políticos tan absurdos como los jurídico-financieros en el caso de Argentina. Si bien Brasil es otro territorio en disputa entre China y Estados Unidos en la guerra financiera y comercial internacional, en esta ocasión el elemento del espionaje fue de particular importancia en el golpe de Estado legislativo-judicial. Nos referimos al caso de espionaje comercial contra Petrobras (Watts, 2013), una compañía líder en tecnologías de exploración

profunda, que pronto fue eclipsado por la crisis diplomática entre los gobiernos de Dilma Rousseff y Barack Obama, cuando se reveló que la Agencia Nacional de Seguridad de Estados Unidos (National Security Agency, NSA) había espiado no solamente a Petrobras, sino a todo el gobierno brasileño. El perdón que Rousseff otorgó a Obama (Reuters, 2014) resultó terrible para la izquierda y la democracia brasileñas; en los años posteriores, el caso de corrupción de Lava Jato, que involucraba a Petrobras y a otras instituciones gubernamentales, sería utilizado para eliminar la vía democrática de acceso al poder en Brasil por mucho tiempo.

La historia de los países centrales disputándose el control de los recursos de las naciones periféricas, y para ello interviniendo en su vida política, no es nueva. Lo novedoso del periodo poscrisis es que China y Rusia ahora juegan mucho mejor el juego establecido por los arquitectos del proyecto occidental. También resulta interesante que Europa se encuentre atrapada nuevamente entre dos poderes en expansión, aunque esta vez no se trate de una nueva guerra fría, ya que la esencia de ambas hegemonías es muy distinta tanto en su composición como en sus planes e intenciones. Si bien la guerra fría se dio entre dos posiciones en auge, ambas con la promesa de mejorar la vida de sus ciudadanos, hoy día las líneas reales de esta nueva confrontación que tiene lugar en Europa consisten en la permanencia de un enfoque zombi, destructivo, y una nueva perspectiva, que hasta ahora ha probado ser más productiva que destructiva.

Al igual que en los días de Kari Polanyi, el hilo del mercado y la mirada del cañón siguen vigentes, pero hoy emerge otro factor que merece mención aparte: la tecnología de la información. En este ámbito también se puede notar la diferencia entre los dos proyectos. Al igual que el financiamiento estatal chino puede entenderse como la última línea de defensa ante la guerra financiera neoliberal, o bien su nuevo plan de infraestructura pudiera interpretarse como la última alternativa para la inversión de capitales, también es posible aproximarse a su nuevo sistema de telecomunicaciones de quinta generación (5G) como un refugio para la secrecía de la información estratégica, ya sea corporativa o estatal.

A diferencia de Dilma Rousseff, la canciller alemana Angela Merkel sí armó bastante escándalo cuando se reveló que la NSA espiaba a su gobierno, lo cual la condujo a repudiar enfáticamente el espionaje “entre amigos”. Mientras que en el caso brasileño fue la empresa estatal Petrobras el blanco

del espionaje industrial, en el caso de Alemania ese sitio correspondió a la firma privada Airbus (Shotter, 2013). Los empresarios alemanes y de otros países europeos instrumentaron una gran variedad de estrategias para proteger sus secretos comerciales, que estaban siendo “robados” en la “nube” (Waters y Murad, 2015). Así, al igual que las finanzas chinas se convirtieron en un puerto financiero seguro ante los embates neoliberales, la tecnología china en telecomunicaciones también puede ofrecer una defensa eficaz frente al espionaje omnipresente de la NSA.

Se desvisten los tratos comerciales: Huawei vs. Google

El colapso del mercado financiero occidental en 2007-2009 se enfrentó con un rescate que eliminó toda pretensión teórica de cómo debe funcionar el mercado libre. Del mismo modo, en esta época neomercantilista, toda pretensión de libre competencia o de establecer nuevos acuerdos de libre comercio se ha perdido. Los sentimientos militar y diplomático de las empresas Google y Huawei, respectivamente, representan el caso más claro y pertinente de la historia reciente.

En este conflicto, cuyos protagonistas públicos son Huawei y Google, también ha jugado un papel importante la prensa estadounidense, la cual siempre retrata a Huawei como un sistema de telecomunicaciones que puede jaquear todo y como un arma comercial del sector militar chino. En la reunión del Grupo Bilderberg de 2019 se reportó que el ministro de Defensa chino, Wai Fenghe, declaró que “Huawei es una empresa privada, no una empresa militar [...]. Solamente porque el jefe de Huawei sirvió en el ejército, eso no quiere decir que su empresa sea parte del [sector] militar. Eso no tiene sentido” (Escobar, 2019). Sin contar con mayor información, en este caso tenemos que suponer que lo que afirman muchos analistas en la prensa neoliberal es lo correcto: que Huawei es una empresa híbrida pública-privada-tecnológica-militar. Ahora bien, Google también lo es. Donald Trump pisó la cola de la narrativa de Google como empresa privada cuando, después de una reunión con su director ejecutivo en marzo de 2019, afirmó que “Google está completamente comprometida con el [sector] militar estadounidense” (ZeroHedge, 2019).

El neomercantilismo significa el resurgimiento de las empresas concesionadas por la Corona, que dominaban la era mercantil (Polanyi Levitt, 2018); por el lado de Oriente una empresa neomercantilista sería Huawei, mientras que en el otro extremo tendríamos a Google. Vale enfatizar que esta última todavía no opera en China, donde el acceso a internet es abiertamente restringido. Por mucho que la prensa neoliberal enfatice este hecho, el internet occidental también está altamente controlado, desde Google hasta YouTube y Twitter. Es como un *reality show*, en que todo parece realidad, pero con los parámetros fijos y con la discusión guiada, al igual que la ciencia social neoliberal.

Un lado aún más siniestro del manejo de la opinión pública es el espionaje. Ya se mencionó brevemente el papel de los medios digitales FANG (Facebook, Apple, Netflix, Google y similares), así como de Microsoft en el espionaje corporativo y diplomático, pero hasta ahora sólo se han realizado acusaciones contra Huawei por las mismas acciones. Estas acusaciones carecen de credibilidad debido a que están en línea con un truco retórico/moral/mediático neoliberal muchas veces utilizado para manipular a la opinión pública: proyectar los pecados propios en el contrincante. La prensa neoliberal constantemente acusa a China de expandir sus intereses mediante “trampas de la deuda”. Aunque, ciertamente, la forma en que los centros occidentales lo han hecho con sus periféricas está más que bien documentada. Por el contrario, hasta el momento no hay un solo caso comprobado de que China hubiese empleado a la deuda como arma.

Además, existe otro elemento que se puede destacar de la cita de Wei Fenghe reproducida más arriba. Si bien tiene todo el sentido del mundo que Huawei sea una empresa híbrida neomercantilista, no lo tiene de ninguna manera que se la acuse de utilizar los poderes que ello conlleva contra sus clientes. El enojo corporativo en Europa por ser víctima de espionaje industrial representa para Huawei una gran oportunidad. Solamente tiene que garantizar que su infraestructura de tecnología de la información no se usará para el espionaje. En años recientes este marcado contraste entre ambos proyectos hegemónicos también aplica para la inversión china, ya que ésta brinda la posibilidad para los países receptores de que los recursos del extranjero entren sin injerencias políticas. En estas dos dimensiones cualquier agresión por parte de China sería contraproducente para sus propios intereses. Son precisamente la ineptitud y la maldad del proyecto neoliberal,

mucho más preocupado en victimizar y someter a sus propios pueblos que en diseñar estrategias y cuidar las formas de competir con eficiencia con su adversario comercial, lo que tanta ventaja otorga al proyecto oriental.

Para ser claros, afirmamos que la propuesta neoliberal sin duda ha considerado la amenaza oriental, y por ello ha lanzado ofensivas contra ella, pero nunca ha intentado mejorar su propio diseño frente a esta nueva competencia. Por ejemplo, las diferentes versiones del Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica, realizadas completamente a espaldas de la opinión pública occidental, se han reducido a una alianza comercial para aislar a China. Lejos de que se trate de un acuerdo de libre comercio, la obligación política impuesta a Google de no permitir que los celulares de Huawei utilicen su sistema operativo también confirma el abandono total de la mejores prácticas corporativas de libre mercado por parte de la empresa estadounidense.

En estos primeros momentos, la ya iniciada guerra comercial entre los dos proyectos mundiales ha provocado una amplia desintegración de las cadenas globales de producción que anteriormente integraron la relación comercial de China con Estados Unidos. Por décadas, Estados Unidos ha insistido en que China tenía que respetar completamente los derechos de propiedad intelectual. Dado el hecho de que los activos intangibles constituyen hasta el 80 por ciento del valor bursátil de las grandes corporaciones tecnológicas transnacionales (Technological Transnational Corporations, TNCs) (Serfati y Suaviat, 2019) la preocupación se vuelve más entendible. Como lo destacan los mismos autores, tal valor es en gran parte fraudulento. Por décadas, el proyecto neoliberal no solamente ha vaciado de valor a la sociedad, sino al mercado también. Empresas no financieras, particularmente las firmas automotrices, han decidido emprender las mismas prácticas financieras fraudulentas que quebraron a Enron en Wall Street. Hoy día, las consideraciones y apuestas financieras dominan las cadenas de producción y de valor de las empresas automotrices (Arteaga *et al.*, 2017; Marcial y Ortiz, 2018).

Conclusión

Entender la naturaleza financiarizada del proyecto neoliberal y neomercantilista de sus TNCs resulta esclarecedor en los momentos actuales de

gran turbulencia en el orden mundial. Si bien la relación México-Estados Unidos estuvo, durante la administración de Donald Trump, pletórica de amenazas no cumplidas, por ejemplo, las de no renovar el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), cerrar las fronteras, imponer aranceles que rigen solamente por unos días antes de ser revocados, o los simples amagos de establecer nuevas tarifas arancelarias, todas éstas pueden visualizarse como tácticas de negociación con un socio comercial subordinado. En contraste, al proyecto oriental protagonizado por China y Rusia se lo representa como el enemigo real, y por ello será enfrentado con toda la improvisación que puede esperarse de un proyecto planetario zombi.

Fuentes

ARTEAGA GARCÍA, ARNULFO, AURORA MARCIAL FLORES

y CARLOS RAMOS HERNÁNDEZ

2017 “Unionship, Labor Relations and Financial Earnings”, en Sandoval Godoy y Covarrubias Valdenebro, coords., *Rumbo al auto del futuro. Innovación, sistemas de calidad y trabajo en la industria automotriz de México*. México: AM Editores / Clave Editorial / Centro de Investigación en Alimentación y Desarrollo / El Colegio de Sonora / Instituto Tecnológico Autónomo de México.

BURGIN, ANGUS

2012 *The Great Persuasion: Reinventing Free Markets since the Depression*. Boston: Harvard University Press.

CHERNOW, RON

1990 *The House of Morgan: An American Banking Dynasty and the Rise of Modern Finance*. Nueva York: Grove Press.

ESCOBAR, JOSÉ

2019 “Why Trump Now Wants Talks with Iran”, *The Asia Times*, 5 de junio, en <<https://www.asiatimes.com/2019/06/article/why-trump-now-wants-talks-with-iran/>>, consultada en junio de 2020.

FERGUSON, CHARLES

2010 *Inside Job*, documental. Estados Unidos: Netflix.

FERGUSON, NIALL

1999 *The House of Rothschild*. Nueva York: Penguin Books.

GALBRAITH, JOHN KENNETH

2004 *The Economics of Innocent Fraud: Truth for Our Time*. Nueva York: Houghton Mifflin Company.

KISSINGER, HENRY

2016 *El orden mundial*. Bogotá: Debate.

KLEIN, NAOMI

2007 *The Shock Doctrine: The Rise of Disaster Capitalism*. Nueva York: Picador.

KRUGMAN, PAUL

2002 “Dubya’s Double Dip?”, *The New York Times*, 2 de agosto, en <<https://www.nytimes.com/2002/08/02/opinion/dubya-s-double-dip.html?pagewanted=1>>, consultada en abril de 2021.

LEVINE, YASHA

2018 “Google’s Earth: How the Tech Giant Is Helping the State Spy on Us”, *The Guardian*, 20 de diciembre, en <<https://www.theguardian.com/news/2018/dec/20/googles-earth-how-the-tech-giant-is-helping-the-state-spy-on-us>>, consultada en julio de 2021.

LIU, HENRY

2005 “Greenspan: The Wizard of Bubbleland”, *Asia Times*, 14 de septiembre, en <<https://henrykliu.com/page14.html>>, consultada en marzo de 2021.

MARCIAL FLORES, AURORA y SAMUEL ORTIZ VELÁSQUEZ

2018 “Acumulación y financiarización en la industria automotriz de México”, *Ola financiera* 11, no. 30: 118-138, en <http://www.olafinanciera.unam.mx/new_web/30/pdfs/PDF30/Marcial-OrtizOlaFinanciera30.pdf>.

MARSHALL, WESLEY COLIN

2016 “Story of Cities #29: Los Angeles and the ‘Great American Streetcar Scandal’”, *The Guardian*, en <<https://www.theguardian.com/cities/2016/apr/25/story-cities-los-angeles-great-american-streetcar-scandal>>.

MIROWSKI, PHILIP

2013 *Never Let a Good Crisis Go to Waste: How Neoliberalism Survived the Financial Crisis*. Nueva York: Verso Books.

MIROWSKI, PHILIP y DIETER PLEHWE

2009 *The Road from Mont Pelerin: The Making of the Neoliberal Thought Collective*. Boston: Harvard University Press.

MUNDELL, ROBERT

1999 *A Reconsideration of the Twentieth Century*. Discurso de aceptación del Premio Nobel de Economía, 8 de diciembre.

NATIONAL SECURITY ARCHIVE

1998 “Chile and the United States: Declassified Documents Relating to the Military Coup, September 11, 1973”. *National Security Archive Electronic Briefing Book*, no. 8.

PARGUEZ, ALAIN

2010 “El doble circuito monetario depredador: los costos de la plena integración al sistema financiero y productivo multinacional”, *Ola financiera* 3, no. 6 (mayo-agosto), en DOI: <http://dx.doi.org/10.22201/fe.i8701442e.2010.6.23083>

POLANYI, KARL

1945 “Universal Capitalism or Regional Planning”, *The London Quarterly of World Affairs* 10, no. 3: 86-91.

1944 *The Great Transformation*. Boston: Beacon Press.

POLANYI LEVITT, KARI

2018 *De la gran transformación a la gran financiarización: sobre Karl Polanyi y otros ensayos*. México: Fondo de Cultura Económica / Facultad de Economía, UNAM.

POLANYI LEVITT, KARI y MARIO SECCARECCIA

2016 “Thoughts on Mirowski and Neoliberalism from a Polanyian Perspective”, en <https://www.ineteconomics.org/uploads/papers/Polanyi_Seccareccia_on_Mirowski.pdf>. Nueva York: Institute for New Economic Thinking.

REUTERS

2014 “Brazil’s Rouseff Lets Obama Off the Hook for NSA Spying”, 10 de julio, en <<https://www.reuters.com/article/us-brazil-usa-espionage/brazils-rousseff-lets-obama-off-the-hook-for-nsa-spying-idUSKBNoFF2H820140710>>, consultada en marzo de 2021.

SERFATI, CLAUDE y CATHERINE SUAVIAT

2019 “Cadenas globales de suministro y activos intangibles en las industrias del automóvil y aeronáutica”, *Ola financiera*, no. 33 (mayo-agosto), en <http://www.olafinanciera.unam.mx/new_web/33/pdfs/PDF33/SerfatiSauviarOlaFin33.pdf>.

SHOTTER, JAMES

2013 “Angela Merkel’s Government Embarrassed by German Spying Scandal”, *Financial Times*, 1º de mayo, en <<https://www.ft.com/content/27bd7eb8-efef-11e4-ab73-00144feab7de>>, consultada en julio de 2021.

VANDERBILT, T.

2009 “Stop This Train! Are Trains Slower Now than They Were in the 1920’s?”, *Slate* s.n. (15 de mayo).

VANOLI, A.

2015 *Dólar o patria: banco central, corporaciones y especulación financiera*. Buenos Aires: Ediciones Colihue.

VAROUFAKIS, YANIS

2017 *Adults in the Room: My Battle with Europe's Deep Establishment*. Londres: The Bodly Head.

WATERS, RICHARD y AHMED MURAD

2015 “U.S. Cloud Blows over Atlantic to Provide Protection”, *Financial Times*, 11 de noviembre, en <<https://www.ft.com/content/da408a76-8892-11e5-90de-f44762bf9896>>, consultada en junio de 2021.

WATTS, JONATHAN

2013 “NSA Accused of Spying on Oil Company Petrobras”, *The Guardian*, 9 de septiembre, en <<https://www.theguardian.com/world/2013/sep/09/nsa-spying-brazil-oil-petrobras>>, consultada en marzo de 2021.

ZEROHEDGE

2019 “Trump Says Google CEO ‘Totally Committed to the U.S. Military’”, 27 de marzo, en <<https://www.zerohedge.com/news/2019-03-27/trump-says-google-ceo-totally-committed-us-military>>, consultada en marzo de 2020.

Fuentes complementarias

ROMER, PAUL

2016 “The Trouble with Macroeconomics”, en <<https://paulromer.net/the-trouble-with-macro/WP-Trouble.pdf>>.